

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL COUNCIL ON FOREIGN
RELATIONS DE CHICAGO

CHICAGO, 15 de Mayo 1992.

Señoras y Señores:

Gracias por estas palabras tan afectuosas de bienvenida. Agradezco esta invitación del Council on Foreign Relations de Chicago, que me brinda la oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones sobre los desafíos que nos plantea el futuro, especialmente en el ámbito económico y político.

Me es particularmente grato hacerlo en esta "ciudad de los vientos", que por tantos motivos simboliza la imaginación y la creatividad empresarial y cultural de esta Nación.

Resulta estimulante visualizar desde aquí los nuevos vientos que soplan en el mundo. Estoy seguro que ustedes podrán apreciar en toda su magnitud los esfuerzos y los logros de un país como Chile para que esos vientos soplen para todos.

Desde Marzo de 1990 Chile vive en democracia. La vigencia de este nuevo régimen político ha traído importantes beneficios a nuestro país. Es necesario destacar aquí las ventajas que el sistema democrático brinda para el desarrollo de los pueblos.

Lo que sí deseo destacar hoy es que en esta nueva etapa Chile ha procurado, y está consiguiendo, conciliar la libertad política con la libertad y el crecimiento económico y con la equidad social.

El gobierno que presido busca consolidar la democracia en Chile. Como lo recordaba el señor presidente, nuestro país tiene una larga historia de democracia, de vida democrática, de la que estábamos orgullosos antes de perderla. Deseamos también lograr un crecimiento económico sostenido, en el contexto de un régimen

de economía abierta, en el que el mercado tiene el papel central en la asignación de recursos.

Pensamos que nuestras metas son alcanzables a través de un conjunto de políticas que sean prudentes en el manejo de las variables económicas. No hemos cedido a la tentación populista en que cayeron otros gobiernos de la región. Las políticas populistas, que prometen más de lo que la economía puede producir, terminan dañando a los más pobres y socavando las bases de la democracia.

El otro énfasis central de nuestro gobierno es la justicia social. Esta meta requiere también importantes cambios, que estamos impulsando. Se han concretado reformas tributarias, laborales y arancelarias, intentando que nuestro sistema económico sea, al mismo tiempo, más justo, más competitivo y más solidario.

En dos años el Gobierno ha aumentado en más de un 30% el presupuesto en gasto social, destinando para este efecto 1.300 millones de dólares adicionales, que han permitido alcanzar los más altos niveles de gasto público registrados en nuestro país, en salud, educación, vivienda, concentrándolo principalmente en los sectores que más lo necesitan.

Al inicio de nuestra gestión, uno de nuestros mayores desafíos era consolidar un clima económico de confianza y estabilidad. Muchos temían que el advenimiento de la democracia significara un caos social y un desenfreno económico que precipitara al país en la inflación y en la crisis.

Al cabo de dos años de gobierno, hemos superado con éxito ese desafío. Prueba de ello son la fortaleza de nuestra moneda en los mercados, la magnitud de nuestras reservas internacionales, el comportamiento de la bolsa de valores y, muy especialmente, el de la inversión extranjera. Tanto en 1990 como en el año último la inversión extranjera directa ha alcanzado alrededor de 1.200 millones de dólares cada año, cifra equivalente al 4,5 por ciento del producto y por lo tanto la más alta de América Latina. Más extraordinarios aún son los 3.000 millones de dólares, en cifras redondas, en nuevos proyectos autorizados en el curso del año último, cifra que augura un alto nivel de inversión a materializarse este año y los que vienen.

Este ambiente de confianza no se ha logrado con palabras, sino con hechos concretos. Para 1991 el gobierno se fijó como meta una inflación de alrededor de 18 por ciento y un crecimiento de 5 por ciento. El año concluyó con una inflación de 18,7 por

ciento y una tasa de expansión del producto de 6 por ciento. Es nuestro propósito bajar la inflación este año a 15 por ciento y seguir avanzando para, dentro de uno o dos años, llegar a una meta inferior a un dígito.

El comportamiento de los precios es digno de ser realizado, puesto que la tasa de inflación -a partir de 27 por ciento en 1990- se redujo en un tercio el año último. Al mismo tiempo, el desempleo ha caído a 5 por ciento de la fuerza de trabajo, lo que constituye la tasa más baja registrada en 17 años.

Las cuentas externas de nuestro país también muestran gran solidez. En 1991 el superávit comercial alcanzó a cerca de 1.580 millones de dólares, con las exportaciones creciendo más de 10 por ciento en términos reales. Unido esto a la exitosa renegociación de la deuda externa concluida en 1990 y al importante flujo de inversión hacia nuestro país, tenemos un cuadro global de amplia abundancia de divisas, las que podrán ser utilizadas para financiar el crecimiento futuro de la economía chilena.

Proyectamos para este año un crecimiento superior al 6,5 por ciento, acompañado de una inflación decreciente. La inversión debería aumentar a alrededor de 20 por ciento del producto. La balanza comercial y de pagos nuevamente deberán registrar importantes superávits.

Pero tales proyecciones no nos llevan a una actitud complaciente ni exitista. Por el contrario, estamos haciendo un esfuerzo para mejorar aún más el comportamiento del ahorro y de la inversión y también para incrementar los niveles de capacitación laboral, de modo de eliminar cualquier cuello de botella que pueda bloquear el crecimiento en el futuro.

Elemento central de nuestra estrategia es la creciente integración de Chile a la economía internacional. En especial, pensamos que el comercio debe ser motor central del desarrollo de un país pequeño como el nuestro.

Hemos abordado este objetivo desde diversos ángulos. En el plano nacional, en 1991 rebajamos los aranceles aduaneros en más de un tercio, a una tasa pareja, común, única, de 11 por ciento para las importaciones, reafirmando así la posición de Chile como una de las economías más abiertas de la región y, posiblemente, del mundo.

En el plano internacional, Chile ha cumplido su deber para

con la comunidad de naciones jugando un papel activo en el GATT, instancia en la que hemos presentado ofertas para consolidar la apertura de nuestro régimen comercial, tanto en bienes como en servicios.

Aguardamos ahora que otras naciones -particularmente en el mundo industrializado- cumplan con el deber que a ellas les corresponde, impulsando una apertura profunda del comercio en áreas como agricultura y textiles. Apoyar una conclusión exitosa y pronta de la Ronda Uruguay del GATT sería la mayor contribución que los países ricos pueden hacer al bienestar del mundo en desarrollo y a la economía mundial en su conjunto.

Los acuerdos comerciales bilaterales son otro instrumento clave en esta estrategia. En una primera etapa, nos hemos concentrado en estrechar lazos comerciales con países de la región con los que percibimos una importante afinidad en la política económica y en que el proceso de reforma y apertura de mercados se haya substancialmente avanzado. En Septiembre del año último suscribimos un Acuerdo de Libre Comercio con México.

La apertura comercial es aspiración sentida por todos los países del hemisferio. El Acuerdo entre Chile y México es emblemático de estos nuevos tiempos y muy distinto de los intentos integracionistas del pasado. Se trata de un Acuerdo simple pero al mismo tiempo amplio y ambicioso, que asegura la apertura de la casi totalidad del comercio bilateral a más tardar al 1° de Enero de 1998. En ese momento podrán ingresar productos de un país al mercado del otro sin gravamen alguno. Con anterioridad se habrán eliminado también las barreras no arancelarias y administrativas que tanto pueden entorpecer el comercio. Con el tiempo, esta renovada integración deberá redundar en mejores condiciones de vida para nuestros ciudadanos.

Pero este esfuerzo integrador debe ir más allá de América Latina, para incluir a todo el hemisferio. Es por ello que Chile ha apoyado decididamente la Iniciativa de las Américas, propuesta por el Presidente Bush en Junio de 1990. Vemos en ella una oportunidad histórica para consolidar la democracia y el crecimiento económico en nuestro hemisferio.

Y es para nosotros motivo de profunda satisfacción que el Presidente haya decidido, como lo anunció anteayer, iniciar la negociación del Tratado de Libre Comercio con Chile una vez que se finiquite con México, a través del procedimiento de vía rápida.

La Iniciativa para las Américas propone acciones en el campo

de la inversión, la deuda oficial y el comercio. Hasta el momento Chile ha dado un número importante de pasos en todos estos frentes. Nuestro país fue el primero de la región en obtener, bajo el marco de la Iniciativa, un préstamo sectorial de inversiones de 150 millones de dólares por parte del Banco Interamericano de Desarrollo. Fuimos también los primeros en concretar una reducción de nuestra deuda oficial con los Estados Unidos.

Pero sin duda es el libre comercio el elemento central de esta propuesta. El entusiasmo que esta iniciativa ha despertado en el continente debe ser reafirmado con nuevos y concretos logros. Ello requiere liderazgo y el apoyo activo de la comunidad política, empresarial y académica en ambos países.

Chile ha sido afortunado al experimentar su transición democrática en el extraordinario contexto político mundial en que nos ha tocado vivir en los últimos dos años. La caída del muro de Berlín y su secuela, la democratización de Europa Oriental y las repúblicas de la ex-Unión Soviética, deberán traer grandes beneficios a nuestra región. La presencia de un emergente consenso internacional sobre estrategias de desarrollo y la convergencia de los sistemas económicos de Este y Oeste, abren nuevas oportunidades para Chile y América Latina.

Los años ochenta fueron la "década perdida", asociada con el autoritarismo político y el estancamiento económico. Por el contrario, los años noventa se perfilan como la década de la consolidación democrática y la reforma económica. Algunos pesimistas temen ese vuelco, argumentando que para un país como Chile la competencia de nuestros renovados vecinos puede ser dañina.

Ante ello deseo afirmar categóricamente: no sólo no tememos la competencia, la recibimos con beneplácito. Tener vecinos prósperos hace más probable que nosotros podamos continuar en nuestra senda de crecimiento. Por contraste, habitar un continente empobrecido y políticamente inestable sería razonable motivo de preocupación.

Pero no debemos permitirnos actitudes complacientes ante el giro positivo que han tomado los asuntos internacionales. Quedan muchos y muy imperiosos temas pendientes. Asegurar la paz mundial, avanzar en la lucha contra la pobreza, colaborar con la exitosa transición de los países de Europa del Este y la ex-Unión Soviética, crear un sistema multilateral de comercio realmente abierto, proteger el medio ambiente. Todos estos son sólo algunos componentes de una lista casi interminable de desafíos.

Hay una lección que ha quedado meridianamente clara con los eventos de los últimos dos años: la suerte del mundo es una sola. La tan vaticinada interdependencia global se ha concretado. Como país pequeño, Chile posee una ínfima cuota de control sobre el destino del planeta.

Pero creemos, con buenas razones, que estamos haciendo, en la medida de nuestro tamaño, nuestro aporte decidido, con claridad, con energía, con buena voluntad, a la construcción de un mundo más democrático, más libre, más próspero y más justo.

Muchas gracias.

* * * * *

CHICAGO, 15 de Mayo de 1992.

MLS/EMS.